

## Las batallas del guerrillero

### I. La revolución

**M**ario Álvaro Cartagena López, que en su juventud se convirtió en guerrillero, participó en expropiaciones, se fugó de la cárcel, se enfrentó a tiros con la Policía, perdió a una pareja en una balacera, fue capturado y torturado en calabozos por agentes secretos del gobierno, le amputaron una pierna, fundó un equipo de fútbol en la prisión y, después de todo, obtuvo su libertad. Él nació en Guaymas, Sonora, en 1952, a las nueve de la mañana del 19 de febrero.

Ese era el día del soldado.

Veinte años después, en la primavera de 1972, Álvaro tocaba la guitarra, cantaba canciones de lucha y esperanza como las de José de Molina y Óscar Chávez, cuando Pepe el Grajo se le apareció. Pepe el Grajo era un muchacho del barrio de San Andrés, en Guadalajara, Jalisco, que vivía escondido en la azotea de un vecino, huyendo de la Policía que lo acosaba por haber participado en un movimiento subversivo en la universidad. Esa noche, se bajó de la azotea, se le acercó a Álvaro y le dijo: si quieres hacer algo por el país tenemos que organizarnos, no nomás andar tocando cancioncitas de protesta. Álvaro, que siempre fue de «mecha corta» lo asumió como un reto.

Ese día, Álvaro, mejor conocido como «El Guaymas», comenzaría su camino para ser guerrillero.

Álvaro fue el tercero de los siete hijos que tuvo Manuel María Cartagena Saracho, un ferrocarrilero que trabajaba doble turno para sacar adelante a la familia. Según la memoria de Álvaro, el viejo logró su cometido. Nunca pasaron penurias y si las vivieron, las tardes en la playa debieron compensarlas. Álvaro también recuerda que todas las noches, después del trabajo, su padre se sentaba en la mesa de la cocina, cenaba y luego leía la revista *Time*. De don Manuel, Álvaro dice que aprendió que el mal de México eran los gringos, el capitalismo y el gobierno mexicano. «Sean personas de bien, hagan algo con su vida que ayude a los demás », solía decirles don Manuel a sus hijos.

La madre, Graciela López Hernández, se dedicó al hogar. Álvaro la recuerda como una mujer cuya solidaridad no conocía límites. Alguna vez, cuando volvió de la escuela, encontró a un tipo barbón, harapiento, comiendo en la mesa de los Cartagena. «Es que tocó la puerta y pidió un taco y pues mejor le dije que se pasara a comer», les explicó doña Graciela. Álvaro ahora cree que esa fue su primera lección de fraternidad, y las charlas que constantemente tenía su madre con las vecinas del barrio para hablar de los problemas cotidianos como la falta de agua, la recolección de basura, las escuelas de los muchachos, fueron su primera educación política.

Álvaro había crecido en las costas de Guaymas. Tuvo una infancia dichosa cuyas tardes transcurrían entre las olas del mar, a donde iba con sus amigos al salir de la escuela. De ese puerto en Sonora surgió el apodo que llevaría el resto de su vida.

Cuando cumplió 13 años de edad, doña Graciela mandó a su hijo a vivir a Guadalajara con unos parientes porque creyó que allá tendría mejores oportunidades de vida. Tres años

después, toda la familia estaba en Guadalajara, instalada en La Loma, un barrio popular pegado a San Andrés, la cuna de Los Vikingos, una pandilla aguerrida y territorial de donde salieron cuadros para formar el Frente Estudiantil Revolucionario (FER), organización que buscó enfrentar a los porros de la Universidad de Guadalajara (UdeG).

Para entonces, estudiaba en la vocacional y ya le decían El Guaymas. Ya habían ocurrido las masacres estudiantiles de 1968 y de 1971 y algunos sobrevivientes o simpatizantes fueron a la vocacional a pedir solidaridad. Escucharlos le hizo sentir «enojo y ganas de hacer algo». Así que no dudó en seguir a Pepe el Grajo cuando lo convocó a organizarse.

Las reuniones se llevaban a cabo en casa de Pepe el Grajo, junto al cementerio de Oblatos. La madre le daba permiso de usar una habitación para verse con sus amigos. Mientras sus compañeros se dedicaban a pensar el contenido político de la propaganda, El Guaymas —entonces estudiante de agronomía desinteresado en la teoría— aprendió a usar el mimeógrafo, con el que imprimirían las palabras de batalla. Así sería su participación en el grupo guerrillero: alejado de las discusiones ideológicas, metido de lleno en la operación.

«Pedíamos aumento salarial y derecho a huelga. Exigíamos que bajara la canasta básica... Yo era un estudiante que ni siquiera sabía lo que era el trabajo», me dijo.

El Guaymas es ahora un tipo de 63 años de edad, con un cuerpo fuerte y correoso. Usa muletas y trae el pantalón amarrado para que no le arrastre. Le falta la pierna izquierda y el brazo derecho está tullido. No le gustan las prótesis y no las necesita: lo mismo puede pasar la noche bailando salsa, andar en marchas repartiendo botellas de agua a los agraviados de la represión gubernamental, o moviéndose entre los talleres del

Sistema del Transporte Colectivo Metro, donde trabaja como mecánico. Tiene la piel morena y los ojos, aún cuando ríe, se le ven tristes. «Nunca lo he visto derrotado», me dijo el periodista José Reveles, quien entrevistó a El Guaymas al día siguiente de salir del Campo Militar No. 1, donde fue torturado.

El Guaymas conoció a integrantes del FER a finales de 1972. Algunos acababan de salir de prisión, acusados de un enfrentamiento con los porros de la UdeG. Entre ellos estaba Enrique Pérez Mora, «El Tenebras», uno de los integrantes más aguerridos de la Liga 23 de Septiembre. Las reuniones se hicieron cada vez más constantes y con ellas, las brigadas para repartir propaganda política.

El 15 de marzo de 1973, El Guaymas fue invitado a una reunión que duró 10 días. A su familia le habló de un viaje de prácticas profesionales a la sierra y tomó la precaución de recolectar algunas plantas para llevarlas como prueba al volver a casa. Pero en realidad fue, con los ojos vendados, a la calle Fraternidad, de la colonia Belisario Domínguez. Ahí estaba una veintena de líderes de organizaciones subversivas que operaban en el país: Los Procesos, de Chihuahua; el Movimiento Estudiantil Profesional, de Nuevo León; el Movimiento 23 de Septiembre y Los Enfermos de Sinaloa; los Feroces y los Vikingos. Entonces fundaron una guerrilla urbana: la Liga Comunista 23 de Septiembre, en honor al ataque al cuartel militar en Madera, Chihuahua, cometido en esa misma fecha pero ocho años atrás, por el Grupo Popular Guerrillero, donde murieron seis militares y ocho combatientes.

Ese día también, El Guaymas conoció a quienes se convertirían en los líderes más importantes de la organización: David Jiménez Sarmiento, alias «Chano»; Ignacio Salas Obregón, alias «Oseas»; y Miguel Ángel Barraza García, alias «Piojo Negro».

EL Guaymas nunca fue un gran estudioso de la teoría. Lo suyo, como lo recordarían años después sus compañeros, eran los fierros. Él fue responsable, por ejemplo, de armar un polígono en la colonia Gertrudis Sánchez, al norte de la Ciudad de México, para que sus compañeros aprendieran el uso de las armas. Primero con municiones y luego con distintos calibres, incluido el 9 mm. Consiguió una casa en renta a la que le tumbó las paredes intermedias, la convirtió en un bodegón, tapeó las paredes con cartón, triplay y tablas con clavos para que éstos atrapasen las ondas del sonido, hizo un respiradero para la salida del humo, y para que el olor a pólvora no los delatara, guisaba un trozo de grasa de res en cada entrenamiento. El aroma a chicharrón distraía a los vecinos.

Por eso, El Guaymas poco recuerda de la teoría que se discutió aquel día de la primavera de 1973. Pero él y otros no olvidaron el olor a frijoles quemados de la olla que se le pasó y que salvó espolvoreándoles un poco de bicarbonato encima.

«No teníamos ni idea de lo que íbamos a hacer», me dice El Guaymas. «Queríamos la revolución pero no sabíamos cómo lo íbamos a lograr. El único movimiento que teníamos como ejemplo era el de 1968, traíamos ese recuerdo triste de la muerte de los compañeros y de la importancia de sus demandas».

Días después, una parte del Comité Militar tuvo una reunión para hablar sobre los secuestros que tenían en mente. La singular cita se llevó a cabo a bordo de una panga de remos, 40 metros adentro del lago de Chapala. Buscaban protegerse de «orejas» del gobierno que pudieran conocer sus planes.

Mientras otros compañeros asaltaban a policías para conseguir armas, El Guaymas le robó a su papá un revólver .38 y un rifle .22 Winchester, registrado a su nombre. Esta arma se quedó en la sierra y no volvió a tener noticias de ella.

Sin darse cuenta, El Guaymas ya era un guerrillero.

La mañana del 10 de octubre de 1973, un grupo de la Liga secuestró al cónsul británico en Guadalajara, Williams Duncan, en una operación que se combinó con el secuestro del empresario Fernando Aranguren, media hora antes. Pidieron 25 millones de pesos por ambos y la liberación de 40 presos políticos.

Ese día, don Manuel Cartagena tomaba su café y miraba un juego de la liga americana de béisbol cuando la transmisión se interrumpió. Anuncio importante: secuestraron al cónsul y al empresario. Don Manuel le llamó a Álvaro y le dijo: mira, acaban de secuestrar a dos pinches burgueses; esos jóvenes son los valientes, los que van a hacer esa revolución, no que tú ahí andas con tu pinche propagandita.

El Guaymas lo escuchó en silencio. «Si supieras en qué ando metido, papá». En aquel momento no era un guerrillero clandestino, pues no estaba «quemado» como otros integrantes y podía mantener una doble vida: estudiante de agronomía en casa de sus padres y guerrillero por las tardes.

Los secuestros de Aranguren, en Guadalajara, y de Eugenio Garza Sada, en Monterrey, culminaron en el asesinato de los empresarios y provocaron una reacción extrema del gobierno de Luis Echeverría: creó la Brigada Blanca, un grupo paramilitar integrado por miembros de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), inteligencia castrense y policías, cuyo único objetivo era aniquilar a la Liga.

Era el año 1974 y el relajamiento de la seguridad en la organización, así como el ataque del gobierno, derivaron en un momento conocido como el *periodo gris* de la Liga. Debido a los golpes gubernamentales, la dirección se desarticuló, varios de los cuadros más importantes fueron ejecutados, desaparecidos o detenidos y torturados. Se calcula que entonces las víctimas fueron 250 integrantes de la organización. Uno de ellos fue El Guaymas.

El 19 de febrero de 1974, el día de su cumpleaños 22, El

Guaymas dejó a su novia en casa, se dirigía a la suya, donde lo esperaba un plato de pozole que le preparó su mamá para festejarlo. Había caminado media cuadra cuando cinco o seis agentes de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) lo bajaron del auto. Se lo llevaron a una prisión clandestina. De un golpe que recibió en la ceja con la cachá de una pistola, aún le queda una cicatriz en forma de media luna. Los policías localizaron la dirección de su novia porque El Guaymas cometió la irresponsabilidad de llevar ahí a compañeros de la organización. Uno fue detenido y, acto seguido, torturado. Él fue quien puso a sus compañeros.

«¿Traición? No, nunca la sentí en la organización», me dice El Guaymas. «Mi detención fue una debilidad del compañero, no se le puede llamar traición porque el bato fue sometido a una tortura cabroncísima; sólo él sabe cómo le fue. ¿Para dónde se hace uno cuando está tan madreado? No le guardo rencor».

El Guaymas duró alrededor de doce días secuestrado. Fue torturado para que proporcionara información sobre la Liga. Dice que resistió y que les dio datos falsos de los guerrilleros. Quienes lo detuvieron poco sabían de él. Incluso tenían su apodo equivocado y le llamaban El Guamaras. Después de ese tiempo, lo sacaron de la prisión clandestina y lo trasladaron a otro sitio donde, piensa ahora, lo iban a matar. ¿Para qué más lo querrían vivo? Ya no les era útil, era apenas un andrajo, un desecho humano.

En el camino, los agentes de la DFS cometieron una imprudencia que le salvó la vida a El Guaymas: se detuvieron a cenar unos tacos y el encargado alcanzó a ver el arma que apretaba la barriga de uno de los hombres que iban vestidos de civil. Llamó a la Policía Judicial y El Guaymas y los agentes secretos de gobernación fueron detenidos, acusados de ladrones. El Guaymas fue trasladado al Penal de Oblatos, por el delito de sedición.

Casi dos años después, El Guaymas y otros cinco compañeros de la Liga —Enrique Guillermo Mora, «El Tenebras»; Francisco Mercado Espinosa, «El Flaco»; Armando Escalante Mercado Morales, «El Loco Escalante»; y Antonio Escalante Michel, «Manuel»—, se fugaron de Oblatos: durante tres meses rasparon la pared de una celda hasta agujerearla. Salieron y se subieron a la azotea. El Guaymas salió con pistola en mano: una de las madres de los guerrilleros había metido dos armas a la prisión, para apoyarlos en la fuga.

En ese momento, mientras se escondía, El Guaymas se dio cuenta de que no había vuelta atrás y se sintió guerrillero por primera vez. «Ya no había retorno, ya estábamos quemados, ya éramos buscados por el gobierno».

Al día siguiente de la fuga de Oblatos, los diarios publicaron en sus portadas: MILES DE HOMBRES TRAS ELLOS. TODA LA POLICÍA TRAS LOS TERRORISTAS. PELIGROSOS REOS ESCAPAN. LOS TERRORISTAS. TIENEN UN LARGO HISTORIAL. Y a un lado aparecían fotografías en blanco y negro de los seis guerrilleros. La autoridad necesitaba presentarlos como una verdadera amenaza pública y, por el bien de todos, se debía aniquilar. Así fue como el gobierno de Luis Echeverría justificó públicamente la guerra contra ellos.

Las acciones ejercidas por el gobierno sobre la Liga, en el *período gris*, llevó al movimiento a enfrentarse directamente, lo que resultó, por ejemplo, en el asesinato de ocho policías durante un asalto a una sucursal bancaria en Villa Coapa; de siete judiciales en la colonia Linda Vista y seis policías al asaltar la comandancia en Ciudad Azteca.

En 1976, El Guaymas llegó a la Ciudad de México y ahora era *Luis*. Su tarea era repartir propaganda y distribuir el periódico clandestino *Madera* en fábricas y escuelas de Tlalne-



pantla. Su liberación y la de sus compañeros fue parte de una búsqueda de reestructurar el trabajo de masas de la organización con sindicatos y estudiantes.

Pero la organización no era cosa sencilla: los obreros tenían necesidades económicas, retrasos en educación y muy poco tiempo para leer propaganda o acudir a reuniones.

«Le apostábamos a tomar el poder», me dice El Guaymas. «Éramos tan pinches ilusos que pensábamos que íbamos a tomar el poder en cuatro o cinco años. Que íbamos a lograr educar al proletariado, luego una huelga general y entonces sí, la revolución. Había noches en que entre los compañeros platicábamos con mucha ilusión. ¿Y cuando triunfemos qué, qué cargo quieres Mario?, y yo decía: yo quiero la Secretaría de Gobernación para pasarles cuchillo a todos los represores y culeros y traidores. No, no había tiempo para pensar en la derrota».

## II. La caída

El Guaymas y yo hablamos una veintena de horas. Los encuentros ocurrieron en distintos restaurantes, después de que él terminaba su turno en los talleres del Metro. Comimos cochinita pibil, chile en nogada y un caldo sonoreense hecho de queso, papa y chile poblano, que lo hizo evocar su infancia. Pero fue el puchero de res el que lo inspiró para contarme detalles de sus arrestos.

El 19 de febrero de 1974, torturaron a El Guaymas apenas llegó a la prisión clandestina. Lo encerraron en una especie de bodegón. No recuerda si dentro había una habitación ni tampoco está seguro si había ventanas o sólo focos. Pero no olvida que lo desnudaron. Que le vendaron los ojos y que comenzaron

a golpearlo. Que lo sumergieron, una y otra vez, dentro de un tambo de 200 litros, lleno de agua. Que le dieron *shocks* eléctricos en la boca, en los testículos y en el pene. Que lo obligaban a mantenerse de pie durante horas. Que en la noche encendían una radio a todo volumen para impedir que se durmiera. «La tortura no era sólo física; hasta las pisadas me ponían mal», me dijo El Guaymas. No le daban agua, tampoco comida. No tenía derechos. En los 12 días que estuvo cautivo perdió 10 kilos.

—¿Hasta dónde sabíamos que íbamos a la muerte?— se preguntó El Guaymas y él mismo se respondió—. Nunca pensamos en eso, pensábamos en la vida, en luchar. ¿Soñadores? ¿Utópicos? Lo fuimos, agarramos el camino más difícil.

Trataba de aguantar la tortura, pero había momentos en que solo quería morir. Y era como si se muriera y regresara a lo mismo: a morir poco a poquito.

Durante el cautiverio, los agentes de la Brigada Blanca dejaban a El Guaymas solo por largos periodos. En ese silencio, trataba de escuchar algún ruido, algo que le arrojara pistas sobre otros compañeros detenidos. Hasta ahora cree que sólo él estuvo en ese lugar en ese momento.

«El sonido de una corneta me decía que el día empezaba, pero también arreciaba la incertidumbre de cuánto tiempo más estaría ahí. Dedicaba la mayor parte de mis pensamientos a mi familia. Me imaginaba que mi mamá estaba buscándome y eso aumentaba mi angustia».

El Guaymas no se sentía un *desaparecido*. Para entonces esa práctica que utilizó el Estado para eliminar a guerrilleros apenas comenzaba a diseminarse por el país y nadie lo veía como un destino posible.

Los tres primeros días, El Guaymas insistió en que era estudiante de agronomía, hasta que Florentino Ventura, un temido policía de la DFS, elevó el nivel de la tortura. Ordenó que lo amarraran desnudo con mecate y cartón y, con la ayuda de

un doctor, le obligaron a tragar una sonda por la que le metieron agua. El Guaymas recuerda haber sentido que los órganos querían reventarle. Ese dolor lo venció y aceptó ser guerrillero. Con tal de ganar tiempo, soltó datos falsos. «Nadie pensaba caer. Nunca pasó por nuestra mente caer vivos, estábamos dispuestos a todo, pero todo era morir en combate. Nunca pensamos en las torturas, no estábamos listos para ellas. ¿Quién puede estar listo para tanto pinche terror?».

En 1977, tres años después de aquella detención ilegal, EL Guaymas conoció a Alma Celia Martínez Magdaleno, una joven de 19 años de edad a quien en la clandestinidad le llamaban Lorena. Formaron una pareja y a los pocos meses ella se embarazó. Un día, don Manuel y doña Graciela viajaron a la Ciudad de México para encontrarse con su hijo. Él les dio instrucciones para viajar rodeando pueblos y cambiando de autobús y así evitar que los siguiera algún agente de gobierno. Cuando llegaron, doña Graciela le cocinó a su hijo una olla de puchero, él y Lorena se devoraron dos platos cada uno.

El 1 de septiembre de aquel año, El Guaymas y Lorena tuvieron «citas», como llamaban a los encuentros con simpatizantes, en distintos lugares. Ella tenía seis meses de embarazo y una noche antes habían escuchado los latidos del corazón del bebé.

Lorena, Juan Manuel Ramírez, alias «El Bolchevique» y Elena Montoya Ortiz —otra guerrillera que también estaba embarazada— llegaron al mercado Benito Juárez, en Azcapotzalco. El Guaymas les había pedido a las mujeres que esperaran a El Bolchevique en un restaurante, pero terminaron por acompañarlo. Un grupo de la Brigada Blanca los interceptó y les disparó. Los tres guerrilleros quedaron tirados en la calle, horas antes de que el entonces presidente José López Portillo rindiera su primer informe de gobierno.

El Guaymas apareció media hora después. Sólo vio sangre en el piso. No había ningún cadáver. Regresó a la casa donde ambos vivían y agarró ropa de Lorena. Tenía la esperanza de que sólo estuviera herida y que se encontrarían en el lugar acordado. Lorena no llegó. El Guaymas escuchó en la noche la noticia de los asesinatos.

«La muerte de Lorena fue un golpe, el más duro que he tenido en la vida. Después de eso pasé tres meses muy mal. Estando solo en la cama le gritaba “Lorena, ¿estás ahí mi amor?” Yo tenía la ilusión de que me contestaba, de que volvía a acostarse a mi lado y que escuchábamos el corazón del bebé».

—Teníamos amor a la vida, esa era nuestra más grande fuerza —recuerda ahora— nos gustaba vivir, nos gustaba ser felices. Eso siempre fue más fuerte que la muerte.

El Guaymas se quiso morir. Planeaba salir a la calle con la pistola en mano y esperar a que fueran por él para vaciar el arma y morir en combate. Mucho tiempo cargó el dolor, hasta que se lo sacudió.

El Guaymas volvió a la organización, aunque no por mucho tiempo.

Fue detenido siete meses después del asesinato de Lorena. Ese día, el 5 de abril de 1978, se dirigía a una casa de seguridad, por la calle Obrero Mundial, en la colonia Narvarte, cuando la Brigada Blanca fue por él. El Guaymas alcanzó a disparar, pero a él le tiraron por la espalda. Un balazo le entró por el codo derecho y el resto hirió las piernas. Recibió siete disparos. «Robo bancos», le dijo El Guaymas a los agentes. «Eres un matapolicias», le refutaron. La ambulancia se lo llevó.

Por la tarde, aparecería retratado en los periódicos, cuando iba en la camilla, boca abajo y ensangrentado. CAE UN PSEUDO GUERRILLERO, decía un titular.

En la Cruz Roja, le detuvieron la hemorragia y lo ingresaron al quirófano, pero los de la Brigada Blanca lo visitaron, lo sacaron de la sala de operaciones y se lo llevaron herido al Campo Militar No. 1.

«Ahí me recibió Salomón Tanús; él comenzó la tortura», me contó El Guaymas. «Yo negaba ser un guerrillero. Soy un roba bancos, le decía». Entonces Salomón solicitó la presencia de Alicia de los Ríos, una integrante de la Liga que había sido detenida tres meses antes, el 5 de enero de 1978.

—¿Lo reconoces? —preguntó Salomón, mientras a El Guaymas le ponían un foco encendido en la cara.

—Sí, es Guaymas.

El Guaymas reconoció a Alicia. La vio muy flaca, muy demacrada y muy golpeada. Estuvieron frente a frente un par de minutos. Antes de que se la llevaran, ésta alcanzó a decirle algo con los ojos. Él interpretó algo como: no pongas a ningún compañero, resiste.

«Resistir, decidir», reflexiona Guaymas ahora, «era también una forma de sobrevivir. Encontrar cualquier pinche ventaja que pudiéramos tener ante tanto poder de destrucción».

Apostar, no importaba ganar o perder. La vida de El Guaymas cobraba sentido en su relación con sus compañeros, pese a la ruptura con lo que hasta entonces creía cierto. Por eso seguía viviendo.

Por la pérdida de sangre y la tortura, El Guaymas se desmayó. Cuando despertó, estaba en una cama del Hospital Militar, con la pierna amputada. Se había gangrenado por falta de atención médica.

En la Cruz Roja, El Guaymas les dijo a los reporteros que se llamaba José Mata Castillo y/o Floriberto García Clavel. Alguna vez había acordado con su madre que si escuchaba un nombre con flores o plantas, sería él.

Al día siguiente, en Guadalajara, una vecina le llevó a doña Graciela el periódico donde decía que había caído un guerrillero. Doña Graciela miró detenidamente la fotografía. «Sí es», les decía a sus otros hijos y ellos insistían que no. Al día siguiente, doña Graciela viajó a la Ciudad de México. Lo que siguió fue una cadena: ella contactó al abogado Andrade Gressler, éste se comunicó con Rosario Piedra. Rosario le llamó a su mamá, doña Rosario Ibarra y doña Rosario, que se encontraba en una reunión de Amnistía Internacional (AI) en San Francisco, California, pidió apoyo a la organización para liberar a El Guaymas. Tres mil telegramas de integrantes de AI llegaron al escritorio del entonces presidente López Portillo. Le exigían la liberación.

El Comité Eureka también intercedió para que doña Graciela ingresara al Hospital Militar y viera a su hijo. «Mamá, díles que me viste bien, que estoy bien, que estoy sano, con energía, que nomás me falta una pata, pero que estoy feliz», le pidió El Guaymas. Se estaba protegiendo; no quería aparecer «suicidado».

La presión internacional no logró la liberación total de El Guaymas, pero al menos fue trasladado al Reclusorio Norte, donde fue condenado a 40 años de prisión por los delitos de sedición, secuestro, homicidio y portación de armas de uso exclusivo del Ejército.

Apenas quedó fuera del alcance de la Brigada Blanca, declaró al periodista José Reveles que había visto viva a Alicia de los Ríos. La noticia se publicó en el semanario Proceso. A las pocas horas, El Guaymas estaba de nuevo en el Campo Militar No. 1, frente a Salomón Tanús. «¿De qué se trata, hijo de la chingada?», le dijo Salomón. «Mira cabrón, sigues hablando y te vamos a dar en la madre y a toda tu familia.»

«A veces pienso en la compañera Alicia», me dijo El Guaymas. «Era una comanche. Si pudiéramos hablar, seguro

me preguntaría “¿qué has hecho, pinche Guaymas?” y yo le diría “aguanté, como pude, y nunca aventé a nadie”. También le diría que di el testimonio de que la vi viva y que lo seguiré dando para que nadie se olvide que ella fue detenida y desaparecida por el gobierno a pesar de que tenía un miedo atroz de que volvieran por mí y me llevaran de nuevo a la tortura».

Sus compañeros me dirán que es este su gesto más grande de solidaridad: decir lo que vio en los calabozos secretos del gobierno mexicano, pocos se atrevieron a hacerlo.

A la fecha, los mexicanos desconocemos el número de víctimas que dejó la afrenta del gobierno contra los grupos de oposición en ese periodo oscuro conocido como Guerra Sucia. El Comité Eureka, que fundaron Rosario Ibarra de Piedra y otras madres en la búsqueda de sus hijos, registró 530 desaparecidos por el Estado Mexicano sólo entre 1969 y 1980.

### III. La libertad

El espacio de trabajo de El Guaymas lo componen una mesa pequeña de madera que está a punto de apollillarse y un banco cuyo asiento vive de remiendos. Está en una bodega de los talleres del Metro. También tiene un armario. Ahí pegó una calcomanía al revés que dice NO CLAUDICAREMOS, y colgó una fotografía en blanco y negro donde se abrazan tres niños. Es su favorita. La recortó de la revista *Time*. El Guaymas es un ave rara entre estos *lockers* tapizados de pósters con mujeres semidesnudas. Entró a trabajar al Metro hace 15 años. Lo ayudaron el político Marco Rascón y Raúl Álvarez Garín, ex líder estudiantil del movimiento suscitado en 1968. Ellos conocían a Javier González Garza, entonces director del Metro.

El Guaymas trae las manos manchadas de grasa y un ma-

chucón en el dedo índice que apenas se hizo ayer. Me lleva por el bodegón y explica que estamos en el lugar donde se realizan las composturas mayores a los vagones del Metro. Estos son reparados mecánicamente, pero también visualmente: se les borran los rayones que usuarios hacen con marcadores. Desde cartas de amor hasta mentadas de madre. Los vidrios rallados no se reparan. El costo de cada uno es altísimo.

«Fíjate que todavía no le hallo cómo quitarle lo rayado a los vidrios. Tengo que seguirle pensando», me dice.

El Guaymas es un tipo de fierros que siempre está buscando algo que hacer. En alguna ocasión reparó un relevador electroneumático que estaba discontinuado y que, sin embargo, era indispensable para el taller. Sus compañeros de trabajo tenían años tratando de hacerlo funcionar.

El 1 de septiembre de 1982, El Guaymas fue liberado de la cárcel con otros 147 presos políticos —en distintas prisiones públicas del país— acusados de pertenecer a movimientos subversivos. La libertad la lograron las madres de los muchachos, detenidos o desaparecidos, que hicieron una huelga de hambre al gobierno de José López Portillo y que lo obligó a publicar la Ley de Amnistía en 1978.

Aquel día, me contó El Guaymas, estaba preparando sus pocas cosas para irse de la cárcel cuando a la celda llegó un muchacho que estaba preso por robo.

«Sacó un pañuelo y lo abrió: estaba lleno de joyas y me las ofreció. Llévate las que quieras, las vas a necesitar al salir para empezar de nuevo», me dijo. «Gracias por dejarme ser de tu familia, cabrón».

«Yo tomé dos y nos dimos un abrazo. Ese día, eran las doce de la noche y las celdas del reclusorio seguían abiertas. La gente no se metía a sus dormitorios, estaban afuera para des-



pedirme. “¡Bravo cabrón, bravo cabrón, duro, duro Guaymas!”. ¿Sabes lo que es ir caminando y que todo mundo te aplauda, que todo mundo esté ahí para despedirte?»

(El Guaymas se describe como un llorón. Sólo lo vi llorar dos veces: ésta y cuando me habló de Lorena).

«Siento que me aplaudían de agradecimiento, de cariño... ¡duro Guaymas!».

En 1978, cuando llegó al Reclusorio Norte con una sentencia a 40 años, Guaymas era un guñapo. Medía 1.80 metros y pesaba 45 kilos. En los dos meses que había estado incomunicado en el Campo Militar No. 1 había perdido casi la mitad de su peso. Por los siete tiros que le dio la Policía secreta le amputaron la pierna, le operaron el brazo y también los intestinos; una bala le atravesó el colon. Llegó en silla de ruedas, con una sonda en el pene y con el brazo enyesado. Después le diagnosticaron cálculos en la vejiga.

Su leyenda se esparció velozmente. No sólo era *el guerrillero* que había encarado al gobierno, sino también era el que había logrado fugarse de prisión. Lo admiraban. Los presos llegaron a congregarse alrededor del puestecito de dulces que tenía El Guaymas. Lo oían tocar la guitarra o contar anécdotas de la época subversiva. Alguna vez defendió a un muchacho burgués que estaba siendo golpeado por dos internos y eso le valió que, en agradecimiento, el padre del chico, el renombrado doctor Romeo González Constandse, lo ayudara para su operación de los cálculos en la vejiga. Ahí fundó un equipo de fútbol, donde jugaba de portero con todo y muletas al que llamaron «Atléticos del 2». En su honor, al obtener su libertad, los presos lo re bautizaron como «Deportivo Guaymas».

El día de la liberación, los papeleos entretuvieron a El Guaymas un par de horas más. Hasta que dieron las dos de la mañana. Afuera lo esperaban Rosario Ibarra, su hija Claudia y el periodista José Reveles. Éste había conseguido un Volkswagen color azul. Se fueron amontonados. Por el borde de Xochiaca los detuvo una patrulla por dar una vuelta prohibida. El Guaymas intervino: venimos del hospital, mire mi pierna mocha. Los dejaron irse.

La mañana del 2 de septiembre de 1982, a sus 30 años de edad, El Guaymas amaneció como un hombre libre.

«¡La libertad fue un pinche paquetote!», me dijo. «Mi mujer, la Ribero, tenía tres hijos y estaba por nacer nuestro segundo chamaco... ¿Qué iba a hacer yo con 5 bocas qué alimentar?».

La Ribero y El Guaymas se conocieron en 1976, cuando él llegó a la Ciudad de México después de la fuga del penal de Oblatos. Compartían el patio y los baños en una pequeña vecindad en el barrio de San Felipe de Jesús y, alguna vez, compartieron también pista de baile en una fiesta infantil de sus hijos. «Carmenza Carmenza del alma, Carmenza Carmenza del alma... ¡Ah! cómo es buena la Ribero para bailar salsa», me cuenta, asaltado por el recuerdo.

En aquel tiempo, El Guaymas se hacía llamar *Luis*, pero ella sabía que era un guerrillero. Lo supo no por la facha, sino porque un día se asomó a su cuarto y vio la funda de una pistola. De Ribero lo enamoraron su cara, los bríos para sacar adelante a sus hijos, su solidaridad y constancia. Los cinco años que estuvo preso en el Reclusorio Norte, ella le llevó diario de comer.

«Cuando salimos de prisión fue bien cabrón reincorporarnos a la vida. Cada compañero estaba reponiéndose como podía. El movimiento se había acabado en 1981, cuando mataron al principal dirigente, al Piojo Negro (Miguel Ángel Barraza García). Se acabó la *orga*. Estábamos derrotados cabronamen-

te; nos habían dado hasta por el hocico. Yo, además, salía con un brazo tullido y una pierna amputada».

El Guaymas hizo lo que no había hecho antes en su vida: trabajar. Se convirtió en pintor, plomero, carpintero y mecánico. Acudía a casas de amigos, como la señora Rosario Ibarra o el periodista Reveles a hacer reparaciones. Su necesidad de ganar dinero era tal que manejó un taxi que adaptó para suplir la pierna amputada. Un día, en la faena, chocó. Él mismo bromeó con su desgracia. «¿A ver, cuál me lastimé, la pata buena o la mala?».

Con el tiempo nacerían sus siguientes tres hijos y 17 nietos, a quienes obstinadamente les repite, como su padre lo hacía con él: no sean ni revolucionarios, ni comunistas, ni socialistas, sean buenos hombres, sean humanos. En estos tiempos eso ya es ser subversivo.

El Guaymas mantiene el carácter relajado. Mientras caminamos por los talleres del Metro bromea con los compañeros que le salen al paso, conocen su historia y les gusta preguntarle sobre los días que estuvo «guardado». A veces también hablan de política.

«Yo no sé si valió la pena su lucha, eso es más bien para cada persona como lo vivió», tercia Óscar, uno compañero de trabajo. «Pero yo digo que como país sí valió la pena; si no hubieran hecho nada todos estaríamos más jodidos».

Hay un amigo que El Guaymas me quiere presentar. Salimos de la bodega. Lo encontramos a bordo de un montacargas, con un sombrero que lo cubre del sol. Desde acá abajo parece un viejo. Guaymas se refiere a él como un *chavo*. Se llama Juan José y, en su juventud, fue un *halcón*; es decir: fue integrante del grupo paramilitar urbano que creó el gobierno para atacar las protestas, en la década de los setenta. Los Halcones saltaron a la fama por el ataque a una manifestación de estudiantes,

el 1 de junio de 1971. Hasta ahora se desconoce el número de muertos. El saludo es rápido: hola, mucho gusto, adiós. El hombre nos despide con un «Dios los bendiga».

«Yo veía que sufría tanto y como que lo disfrutaba. Un día me le acerqué y le dije: ¿qué pasó, por qué sufres? Y así me fue contando que cuando estaba chavo, lo invitaron a una organización de guerrilleros socialistas, para luchar contra el gobierno. Me dijo que se metió a entrenar con ellos, que los entrenaba un teniente coronel, que les daban cien o doscientos pesos cada semana... eso era un dineral. Invitó a otros amigos del barrio, puro desempleado de 17 o 18 años de edad. Y a la hora de los madrazos, a él le tocó estar ahí, el 10 de junio».

—¿Alguna vez ha sentido ganas de vengarse de tanto daño? —le pregunto.

—¿Vengarme? No —responde extrañado—. La venganza no iba con la raza de la Liga. Nunca tuvimos la idea de vengarnos. ¿De qué? Estoy vivo, aunque me hayan cortado la pierna.

El Guaymas no cree en la maldad de Juan José. «Fue la circunstancia de crecer en un barrio jodido, sin educación, la que lo llevó a ser halcón». Considera que es duro llevar una vida digna. «Yo digo porque el gobierno te pone muchas tentaciones, te quita trabajo, te da trabajo, te chinga por aquí, te soba por allá». También cree que el trabajo guerrillero no fue suficiente. «¿Le movimos el tapete al gobierno? Ni cosquillas le hicimos. Tenemos que seguir trabajando en la educación de la clase trabajadora, no hay de otra. Allá arriba nos están viendo, probablemente algún compañero. ¿Qué es lo que estamos haciendo cabrón? Mínimo llevar una vida digna de trabajo, de respeto, de hacer algo».

—¿Imaginas la victoria, la justicia? —le pregunto cuando estamos en el comedor del taller. En la televisión está *Cosas de la vida*, uno de esos *reality shows* que denigran a las personas. El Guaymas lo mira de reojo y con un gesto lo desaprueba.

Vuelve a la taza del café que trajo en un termo desde casa.

—La única justicia sería que aparecieran tres, cuatro, cinco compas, pero eso es imposible. Tenemos treinta, cuarenta años buscándolos. No logramos rescatar a nadie. Cuando eres un desaparecido político eres *un muerto*, te mata el gobierno, esa es la política.

—¿Cuál es tu batalla ahora, Guaymas?

—Desde que yo salí de la cárcel ha sido denunciar, denunciar. La denuncia es lo que me toca. Denunciar a la clase cabrona que es el poder; (denunciar) que cuando algo cambias, ¡tracas!, te mata. Si no, ¿para qué? ¿para qué sale uno de ahí?